


**3ªEdición.2016.**
**Tema:**
**El derecho a la vivienda:**
**una casa para vivir con dignidad**

**1. 30  de noviembre.**

Revisó por última vez los innumerables rayados de la puerta que mostraban el tamaño que había alcanzado su hijo año tras año, el polvo del techo y en las paredes el viejo retrato en sepia de sus padres. ¡No nos echaran! dijo doña Alfonsina y movió lentamente la silla de ruedas de su marido. El viejo la miró con aprobación, y en cada rincón revivieron sus historias, sus navidades, sus días de reyes, hipnotizados por la melancolía de esas cuatro paredes que ya no les pertenecían, pero que serían suyas por la eternidad. El sobre abierto en la cocina sería el único testigo y el gas escapando del horno el cómplice de cada una de las letras que realmente asesinó a la pareja: 30 de noviembre desahucio.

*Loreto Sepúlveda Vásquez.*
*Delft, Países Bajos*

**2. Albañiles.**

Hoy le ha hablado de ladrillos. De los materiales con los que se hacen las ventanas. Del olor del barniz del parquet, ese suelo de madera que se pone, a veces, en las casas. De lo que significan palabras como fontanero, electricista, albañil. El pequeño no interrumpe, escucha atento con los ojos bien abiertos, la mano agarrada con firmeza a la de su padre. Le explicó después lo que era una moqueta. Una chimenea. Para qué servía un armario empotrado. La diferencia entre ducha y bañera. El niño buscó en el horizonte el perfil de la ciudad, y quiso saber de qué se hacían las tejas, las barandillas de los balcones y los toldos. Y cómo llegaba la luz a la bombilla. Y si era verdad que en invierno, tal y como le habían dicho algunos niños, las casas estaban calientes. Antes de llegar a la tienda en la que les espera la noche, a los dos les brillaban los ojos. Al padre, de impotencia al recordar su vida cuando todavía eran una familia en una casa humilde de la que el niño no puede acordarse; al hijo, imaginándose el color de los ladrillos con los que, cuando se acabe la guerra y sea albañil como su padre, levantará una casa grande para los dos.

*Paloma Hidalgo Díez.*
*Alcalá de Henares (Madrid)*

**3. Desde el futuro.**

Era la  única propiedad que, extrañamente, no le embargaron, quizá porque era un sitio pequeño sin luz ni agua corriente, aunque, para él solo, no necesitaba más. La estuvo pagando muchos años, al igual que su casa y el coche.

Aquella mañana había estado oyendo desde muy temprano voces y golpes, muchos golpes. Parecía que querían derribar las paredes ¿también aquí? pues esta vez no, esta vez lo tendrían que sacar con los pies por delante.

No comprendía la voracidad de su banco: ¿también su ataúd?

*Catalina Izquierdo Arroyo.*
*Madrid*

**4. El náufrago.**

Aporrearon insistentemente la puerta mientras, al otro lado, el hombre saboreaba el último trago de vino que le quedaba.

Ajeno a los golpes, introdujo los pies por el cuello de la botella tristemente vacía y retorció su cuerpo varias veces hasta acabar en su interior. Como pudo sacó un papel de uno de los bolsillos, escribió algo en él y lo lanzó al exterior. Con lágrimas en los ojos colocó el tapón a la botella y se encerró en su nuevo hogar.

Cuando el cerrajero, acompañado del secretario judicial y de la policía, consiguió entrar en el domicilio para ejecutar la orden de desahucio, solo encontraron un mensaje sobre la mesa: “SOS, salven el mundo”.

*Alberto Castillo*
*Montcada i Reixac (Barcelona)*

**5. Fondos buitre**.

Lo encontró una mañana dentro de la terraza. Desde el interior vislumbró una sombra que le produjo un escalofrío de desasosiego. ¿Cómo era posible que después de tantos esfuerzos...? Había tirado un par de tiestos y manchado las sábanas tendidas al sol. Pensó que con la puerta cerrada acabaría por marcharse, pero al día siguiente cuando fue a preparar el desayuno, se había colado –no sabía por dónde– y andaba picoteando las sobras del pan de la cena y los cereales de su hijo desparramados por el suelo.

Alarmada, avisó a su marido. Juntos decidieron hacer el uso indispensable de la cocina: calentar una comida rápida o la leche en el microondas mientras estuviera distraído y comer en la mesa del salón. Esa tarde, cuando volvieron a su casa, lo encontraron subido en el respaldo del sofá, mirándoles expectante. Acordaron pertrecharse en la habitación con sus hijos, creían que no se atrevería a echarles también de allí; hasta que lo descubrieron encaramado en la cuna del pequeño.

Guardaron en una bolsa lo indispensable y con un niño de la mano y el otro en el carrito, se vieron en la calle. Se sentaron en el parque para pensar en quién les podría acoger esa noche, para meditar sobre su incierto futuro. Una oscuridad ocultó de repente el sol; al mirar hacia arriba vieron unas manchas negras que revoloteaban en el cielo.

*Paloma Casado Marco.*
*Santander*

**6. La caja.** (Relato ganador)

Veinte metros cuadrados para cinco no daban para ese espacio al que cada uno de nosotros creía tener derecho, y fue en un mega bazar chino en el que mi madre encontró la solución: «caja-espacio propio por dos euros».

Desarmada para facilitar el transporte de la tienda a casa, montamos la caja entre todos y decidimos colocarla en medio de lo que nos empeñábamos en llamar «salón». Por las mañanas de ocho a diez permanecía vacía y abierta para su aireación, pero luego podíamos meternos en ella, por turnos, para disfrutar de una o dos horas de privacidad. A mí me gustaba pedirme la caja de diez a doce, antes de que pasara mi hermano mayor que siempre la dejaba con algún que otro kleenex sucio, de mi madre que la llenaba de sueños imposibles, de mi tía que impregnaba sus paredes de olor a colonia Nenuco, la preferida del hijo que nunca había tenido, y de mi abuela que la moteaba de miguitas de pan, «para los pájaros», decía. Yo me limitaba a llenarla de palabras que recogía después en un cuaderno por si un día...

El único que no la quiso usar, al principio, fue mi padre, y cuando lo hizo decidí marcharme de casa.

—Le abrí un ventanuco —nos dijo desde su oquedad—, para poder ver la tele.

*Dominique Vernay Juillet, Salinas (Asturias)*

**7. Las orillas de la dignidad.**

Sentados a la orilla, nos mirábamos. Solo importaba en cuál de las dos nos había tocado estar. El caso es que tú siempre perdías y yo ganaba. Porque invariablemente hay dos orillas, ¿no? Dos riberas, tu abajo, al sol y sin techo, yo arriba, a cubierto y a resguardo. Tu humillado intentando abrazarme y yo orgulloso rechazando tus besos. Hasta que empezamos a preguntarnos si acaso éramos labios de la misma boca. Si la casa que habito era en realidad tan tuya como ese inmenso azul en el que has estado a punto de ahogarte, solo por aspirar a compartir ese cobijo que yo preservo. No, no hay orillas, hay un solo mar, y al final comprendimos que no volvería a separarnos, porque es el mismo que corre por tus venas y las mías.

*Antoni Corominas Díaz.*
*Castellar del Vallés (Barcelona)*

**8. Lona azul.**

Solamente quiero una cosa: protegerle. Resguardarle de todas esas gotas frías, de esos vientos helados, de esas nevadas blancas. Únicamente deseo que crezca feliz, resguardado y fuerte, pero no puedo. No lo consigo por mi piel frágil, mis huesos endebles, el suelo que piso y el lugar en el que estoy. Le miro y veo a un niño ajeno a toda su situación, acariciando la reja metálica sin saber su significado.

Al caer la noche, por mucho que le acojo y cubro, no consigo evitar que pequeñas gotas caigan en su pelo, que no tirite de frío, que no pueda correr a la cama de sus padres.

¿Hasta qué punto soy buena para él y podré cuidarle? ¿Hasta qué punto podrá llamarme *hogar* si apenas soy una simple lona azul?

*Lucía San Juan Durán.*
*Madrid*

**9. Primera vez.**

La primera vez nunca se olvida. El primer beso. El primer trabajo. El primer piso.

No se olvidan los primeros silencios ni las primeras ausencias.

La primera duda.

No se olvida el primer despido. El primer divorcio. El primer desahucio. La primera noche en la calle.

Hoy es mi primera vez y estoy seguro de que no la olvidaré. La primera vez que me pongo en pie en el medio de un vagón de metro y digo: “tengo hambre”. Hoy es la primera vez que extiendo la mano para recibir, como una lluvia fría, la caricia metálica de alguna limosna.

*Raúl Clavero Blázquez.*
*Madrid.*

**10. Sin alma.**

Yo tenía cinco almas ayer mismo. Hoy estoy vacío y desolado por las ausencias. Mis habitaciones están cargadas de recuerdos, y mis ventanas y balcones, que antes saludaban la luz del día y despedían a las estrellas, son ahora ojos desde los que contemplo el viejo puente que cruza el río.

El pasillo es una arteria muerta por la que corre el aire silencioso. Y el salón es un mero ataúd que recibe el polvo y lo acumula con pasión de desespero. Los dormitorios son cubículos oscuros, y la habitación de los niños, una losa que me envejece por momentos.

Nada queda dentro de mí, sino las pisadas fantasmas de los que aquí vivieron y amaron, y que fueron arrojados fuera, con papeles llenos de argucias legales, palabras distantes y manos duras y contundentes.

¿Qué hicieron mal? ¿Cuál fue el pecado del matrimonio? ¿Y el de los niños? ¿Acaso la abuela sabía nada de hipotecas sin pagar y paro de larga duración? Los pisos, las casas, las viviendas todas no tenemos alma propia: vivimos gracias a las de los que nos habitan. No entendemos de leyes, ni de mercados, ni de economía.

No pude hacer nada. Mis piedras resonaron con dolor cuando los desahuciaron, aunque nadie las escuchó. Ahora ellos no están aquí, pero puedo verlos en la distancia, bajo el puente. Los cinco. Bajo el puente que no concede misericordia.

Y yo estoy vacío. Sin alma.

*Francisco José Segovia Ramos,*
*Granada.*